



–Hey Shevi, una cerveza por aquí.

–¡Ah! ¡Kati! No te vi llegar, ¿segura que quieres alcohol?

–No, no lo quiere. Dale lo de siempre, Shevi –Nicolai me venía siguiendo desde la otra cuadra, me había gritado, hice la que no escuché. Esperaba perderle a la vuelta de la esquina–, ¿Hey, que esas haciendo? ¿No era el gran día hoy?

–Sí, lo era, a no ser por esos malditos burócratas de poca visión –medité la acción de golpear la barra y volver a lastimar mi muñeca–, estoy segura de que quieren seguir apostando por la obsoleta realidad virtual que aún les deja millones...

–Entonces no podrás probar a Myself dentro de... diez años ¿quizás?

–¿Puedes creerlo? Podría estar muerta para ese entonces, o alguien podría desarrollarlo también... no lo sé, todo este asunto me espanta, me pone psicótica...

–Dos de azúcar...–lo miro y sus ojos muestran un semblante pensativo, si lo conozco bien, tiene una idea, entonces lo dejo trabajarla mientras tomo el bendito café–, podrías probarlo en ti, se me ocurre que, si ya lo has hecho en personas en

modo prueba... probarlo en ti con la misma excusa no debería de traerte problemas.

Planto la mirada en el líquido negro que se mesa de lado a lado en la taza blanca, lo bato con una mirada atontada, ¿Cómo no se me había ocurrido? Podría adelantar un año, no, cinco, y demostrar todas las teorías a esos idiotas que conspiran con la nueva era humana. Y de hecho, no tendría problemas de ninguna manera, no infringiré la ley. –Myself está listo–, no hay nada de qué preocuparse me digo a mi misma asintiendo en un gesto endeble. Bajo del taburete de un salto hacia atrás. Nicolai confundido me mira por encima del hombro.

–Eres un genio Nicolai –le expreso eufórica, asiento el pulgar hacia arriba y corro a toda marcha hacia las afuera del bar.

No necesitaba sus sermones de “ten cuidado”, “llámame en cuanto llegues”, “puedo acompañarte”, no los quería, hoy no. Estaba demasiado focalizada en el proyecto que no soportaría rechazarle otra vez sin herir sus sentimientos.

–¿A dónde va señorita?

–La tercera y setenta y seis, es nuestra primera parada, recojo algo y seguimos.

El chofer del taxi solo asintió y despegamos. La hora nocturna era una montaña rusa para cualquier pasajero dentro de un transporte. Normalmente evitaba todo tipo de vehículos a esas horas, quizás, a todas horas, y todos los días, prefería llegar tarde y vivir. Hoy era un día distinto, no soportaría la ansiedad hasta llegar al

departamento recoger las llaves y códigos de Myself y volver al laboratorio. Había esperado toda una vida para este momento.

Tildo los números de la caja de seguridad, donde guardo la única copia de la llave de los laboratorios de la corporación. Abro un archivo resguardado en mi notebook que contiene un código QR codificado. Con este accedo a todos los números de procedimiento de validación para activar la versión final “Myself 3.1.1b”.

Pagué sin reclamos los tres billetes de cien que exigió el chofer, viaje, parada, demora, viaje, así lo contaba mientras revisaba en mi billetera lo último que me quedaba en efectivo. De todas maneras era un viaje de ida.

Entré dando brincos, utilicé la llave magnética y sonreí a la cámara.. La cámara podía fotografiar, tomar mi DNI, ADN, registro de córnea y dactilar. Hacía tiempo que iba y venía a altas horas de la noche, incluso, fechas en las que trabajaba sola en toda la industria. Pase cada sección utilizando la llave maestra dada por los concejales.

Las cámaras revoloteaban de acá para allá, siguiendo mis monótonos movimientos, de una computadora a otra, de un escáner a un tablero de energía, a un panel, y de nuevo a las computadoras. La práctica llevaba al menos veinte personas para coordinar todo en menos de treinta minutos. Iban apenas varios pasos y ya me sentía exhausta. La jornada laboral había sido larga y densa, preparando el proyecto previo al rechazo, el estrés, la ansiedad, y las altas horas

mermaban mis fuerzas produciendo un sueño insaciable hasta para el más negro café.

Para cuando había terminado los pájaros cantaban al deslumbrar de los primeros rayos solares. El reloj apuntaba seis menos cinco, los primeros en llegar serían los guardias a las siete en punto, y el resto comenzaría la jornada laboral a las ocho.

Sentada en el gélido asiento de metal donde la súper computadora de Myself descansa. Conectada a ella, agarro el casco de concientización para conectarme a lo que será la red más grande conocida por el hombre. Estiro y arrastro los cientos de cables que son monitoreados por unas miles de pantallas. Antes de perderme en la red codifico el inicio automático. Me coloco el casco ciego, perdiéndome en las penumbras hago una cuenta regresiva.

-5, 4, 3...2...1

-Entrando a la red universal de Myself, bienvenida Katarina Lingers –una dulce voz me da la bienvenida a lo que es el metaverso.

El mundo daba una vista de un azul pálido en todo su entorno, en el medio, una diminuta esfera se alejaba. Era mi mundo. Donde mi conciencia yacía. Al alejarme, noto hilos blancos que se extienden más allá, conectados a otros sistemas.

-¿Otras conciencias? Imposible.

Sin darme cuenta me movía a contra de mi voluntad alejándome cada vez más de la multired del metaverso. Lo soñado era realidad, y esa misma realidad me

aterraba. Mi mundo estaba completo, y yo era la primera en experimentarlo ¿Qué estaba sucediendo?

Llegué al punto de poder ver a todo el universo de redes tan lejanos como las estrellas se veían en la atmosfera terrestre. Colapsé con una pared de cristal transparente. Y de pronto, mi cuerpo se materializo. Atontada por el ritmo frenético de los sucesos, miré mis manos, sin afrontar lo que tenía delante.

–Hola Kati.

–¿Quién eres tú? –le grite al reflejo que veía en los cristales.

–Tú eres yo, y yo soy tú –la conciencia se movió a un lado como una nube de vapor.

–¿Cómo es esto posible? ¿Qué está sucediendo? ¿Dónde estamos?

–Dentro de Myself, como tanto querías, nuestros fines se lograron. Creamos un nuevo mundo humano de conciencias. Admira la belleza del futuro.

Los cristales se volvieron pantallas, mostrando vidas humanas, seguimientos individuos únicos en cada una de ellas. Tal y como lo tenía previsto. Cada una de las pantallas, sería una esfera, una persona en Myself, un mundo, una conciencia.

–Sigo sin entender cómo es posible, fui la primera, y el mundo ya existía. No tiene lógica... nada de esto la tiene –fruncí el ceño mirando hacia abajo, intentando ordenar las ideas, buscarle una explicación, un indicio, algo. Pero nada llegó.

–Cuando creé Myself –comenzó a explicar la nube–, exportamos todas las conciencias del mundo, ocho billones de vidas humanas simultáneamente conectadas a la red. Cada una de ellas coexiste en su propio mundo. Son el centro de cada acto del sistema. Las demás personas, son solo inteligencias artificiales creadas a partir de la conciencia de cada uno de nosotros.

–Entonces, como podemos estar juntos en este momento si tú eres mi conciencia...

–Por qué tú, mi querida yo, eres una IA. Una de las tantas miles que viene a diario. Mi conciencia, mi yo real, siempre va a querer crear Myself, de una u otra forma lo logra y llega aquí.

–¿Una IA? –Suspiro temblorosa.

–Siempre son distintas edades, ropa, cabello, incluso las preguntas cambian, pero siempre eres yo. El tiempo estimado de la conversación dura aproximadamente unos diez minutos antes de la colisión temporal.

Abrí los ojos extrañada de las palabras, algo me urgió dentro, quería escapar, volver a ver a Nicolai, claro, él era la conciencia del lugar. Todo siempre giraba alrededor de él y no lo pude ver hasta ahora.

–Ahí viene –un resplandor iluminó mis facciones–, adiós Katarina.

–Hola Kati.

–¿Dónde estoy?